

# AMPLIO

Por Rosario Lázaro

Amplio y fuerte era el futuro hasta hace poco. Ahora es fluctuante, pienso, y me calzo las zapatillas de correr. Primero la derecha, que tiene el borde gastado, un registro de kilómetros o un descuido inoportuno. Es muy temprano en la mañana, y el sol aún no ha salido. El olor del café que recién me hice inunda el living, se mezcla con el de las tostadas; y por la ventana titilan las luces del puerto, allá lejos, flotando en la bruma esponjosa de la mañana. Las palomas cruzan el cuadrado de aire que es la ventana, y dibujan una línea tan recta como en algún momento sentí que lograría ser mi futuro. Ahora es endeble, o no tanto, pero podría compararse sólo con el vuelo errático de los murciélagos a la noche.

Me calzo la zapatilla izquierda, la más sana de las dos; y ato los cordones. Ya es tiempo de salir, inquiere el reloj, pasado de las siete y cuarto, avanzando tan rápido en medio de la soledad de la mañana... Me agarro la cabeza entre las manos por un momento, dejo descansar el cuello colgando hacia abajo, y me paro de pronto. Salir. Ya mismo. Bajar las escaleras. Llamar el ascensor. Abrir la puertecita. Cerrarla. Tocar el botón negro redondo de planta baja, y caer hasta el suelo. No es preciso mirarse en el espejo antiguo que me acompaña hasta la puerta de entrada. Todos los días es algo parecido, como si cierta rutina fuera la estrategia para construir un modo de aferrarse a lo que viene.

Salgo a la calle desierta y comienzo a trotar calle arriba, la parte más difícil del trayecto. Los comercios aún no han abierto, y una señora aparta de mi paso la manguera con la que limpia la vereda. Fuma tranquila mientras espera, el cigarrillo en una mano, la manguera en la otra, los zuecos elevados del agua que encharca el pavimento. Luego el lavadero, y la espuma que se amontona contra el recodo de la alcantarilla. Olor a jabón y suavizante invadiendo la recorrida.

El trote es más regular, lo siento por mi respiración estable. Semáforo en rojo, la espera a pocos centímetros de los ómnibus vacíos que pasan. Vacío. Todo está vacío ahora, y un ánimo imprevisto me toma por sorpresa al girar la cabeza y ver que allá en la plaza, allá a una cuadra, levantan vuelo las palomas, seguras de que el cielo debe ser compartimentado. Es la incertidumbre que toma la forma de una mañana cualquiera; la melancolía que levanta vuelo a cada nueva paloma partiendo rumbo a las azoteas de los edificios, hacia los recodos de las bóvedas y los campanarios; es el amor que se escapa y pasa a ser un poco de olvido. La certeza de la gratitud, y nuevamente el olvido.

Cambia la luz del semáforo, y sigo trotando hacia el río. La Rambla espera. El río espera. El espejo que es el agua, el ruido que se sumerge en las olas. Cuando el río lindo de la mañana está a menos de una cuadra, aumento la velocidad con mucho entusiasmo. De pronto, un perro se cruza frente a mí. Muy de pronto, digamos, y yo caigo entonces por pura imprudencia.

Caigo y no me duele, pero caigo, y entonces levanto la vista del piso.

La mañana sigue aquí, como en un sueño, y me envuelve amable por sobre todas las cosas. Los obreros que desde hace meses arreglan la fachada del edificio frente a la Rambla se ríen. Desde la altura donde trabajan debo ser un muñeco despatarrado en la vereda. Cierro los ojos y cientos de palomas me atraviesan el alma. Pasa el tiempo, sin lugar a dudas, algunos minutos, muchas horas tal vez. Se va la mañana.

Y luego una enredadera, una parra, un jardín pequeño, una doña que calienta agua en una tetera, y le ceba mate a un señor frente suyo. Malvones que florecen al margen de las estaciones. Hay un perro echado junto a la silla donde me sentaron, y desde este patio se ve que el sol ya ha subido lo suficiente. Ella corta trocitos de pan y se los arroja a los gorriones. Otros trocitos terminan en su boca, como si fuera una simple distracción, tragados por su boca breve. Conversan sobre algo que no entiendo. Callan. Pasan más palomas volando por el cielo, dibujando certezas. Es hora de irme, me repito; pero no me muevo. ■■

Rosario Lázaro::  
Licenciada en Ciencias de la  
Comunicación de la  
Universidad de la República,  
Uruguay. Cursa actualmente  
el posgrado de  
Especialización en  
Traducción Literaria en la  
misma Universidad.  
Publicó *Mayito* (2006), su  
primer conjunto de cuentos  
(casi novela), perteneciente  
a la colección Narrares.